

quiera cosa, pero ya con aquello era demasiado. Cuando fatigada la hermosa, con las mejillas ardientes y coloreadas como un crepúsculo de Octubre, terminó entre infernal gritería, coces, aplausos, etc., etc., y nos volvimos para el lado de la señora Condesa, á quien todos olvidáramos completamente, la encontramos de bruces sobre el mantel, con la frente sobre los antebrazos y roncando como un barretero.

Dormía pesadamente. En la misma silla donde estaba sentada la llevamos hasta el gabinete de Dibujo. Allí habían preparado algunas camas. Doña Plácida la esposa del poeta; Doña Jesuita, la ídem de Don Pablo y sus dos hijas Rosario y Juana, así como otras mujeres, recibieron á la ilustre señora, á Doña Pilar Barajas, á la señora de Castillo Contreras y á seis de las señoritas, todas muy borrachas.

Cuando las acomodaron como mejor se pudo, entrecerrando la puerta, salieron Rosa Elena, María Teresa y Angela. Con mucho cuidado y pisando con las puntas de los pies, bajamos por la escalerita de madera, para no despertar á la señora Condesa y comparsa que dormían la mona.

## VIII

Comían los músicos, mejor dicho, devoraban. Es proverbial el apetito, siempre abierto, de estos señores artistas. Tan grande era el empeño y cuidado que en la ocupación ponían, que de nada se daban cuenta en su derredor, extraño al objeto principal. Advertí que ninguno, ni los Directores, ni el mismo Entorchado y Arias, quiso ocupar alguno de los lugares en que se sentaron los primeros comensales, quizá por respeto, ó bien porque pensaron

que regresaban, pues no podían creer que así como quiera se dejan sobre la mesa la mayor parte de las viandas y vinos ya servidos.

¡Buenas estaban ellas para volver!

Exceptuando á Rosa Elena, que no tenía absolutamente nada, así como María Teresa su hermana y Angela Ruiz y López, un poco *voladas* solamente, todas las demás no sabían ni dónde estaban. La mayor parte dormían profundamente y tres ó cuatro de las jóvenes, sentadas en mecedoras y sillas pequeñas, en los rincones ó junto á las camas, sufrían vértigos, mareos, etc. Las esposas é hijas de los empleados no tenían un punto de sosiego atendiendo á unas y otras.

Cuando atravesamos el patio era la 1 15 p. m. No corría ni el más ligero viento, el calor era insoportable y todo parecía dormir abrumado bajo aquella luz intensa y pesada que bañaba los profundos arroyos, de donde subían de vez en cuando oleadas calientes. Las peladas crestas rocallosas de los acantilados de porfidos rojos parecían vibrar con el intenso calor del sol.

María Teresa y Angela iban adelante, colgadas ambas de los brazos de Mr. Moore, al cual habían tomado cariño y trataban con suma confianza cual si fuesen amigos viejos. Muy simpático y atractivo era el yankee: con su alma buena y su espíritu sano, que á través de los ojos se le veía y en las palabras se adivinaba luego, ganábase la confianza de todos, y ellas eran ya sus buenas amigas cuando terminaba la comida, es decir, poco antes de levantar el campo. Esa familiaridad natural y sin esfuerzos conseguíala Moore con mucha facilidad, cual si fuese uno de las grandes facultades de su espíritu sereno, tranquilo y sin vueltas. Detuviéronse charlando alegremente á la sombra de un árbol, esperando á que llegásemos Rosa Elena, Luis y yo.

—Queremos andar para que se nos despeje la cabeza,—dijo María Teresa,—ver toda la maquinaria y, si se puede, ver el socavón ese, hasta allá adentro; pero hace mucho sol.

—Iremos antes—contestó Rosa Elena—por los sombreros y sombrillas.

—Voy yo,—añadió Luis galantemente.

—No, no—exclamó Rosa Elena—es imposible que usted sepa cuáles son los nuestros. ¿Dónde están?—añadió volviéndose á Luis y á mí.

—En el salón donde nos recibieron—advirtió Angela.

Fuimos allá, y en una mesa rinconera estaban los sombreros y abrigos amontonados. Cada cual se puso el suyo airoosamente, tomamos nosotros las sombrillas y salimos.

Moore, que iba con María Teresa, para cubrirla bien de los rayos del sol, casi la ocultaba. Esta, riendo le decía:

—No debe usted andar con muchachas que necesiten usar sombrilla.

—¿Por qué?

—No se le ve la cara.

—Ah, sí, ando muy arriba; pero veo y oigo.

Cuando cruzamos por el galerón que servía de comedor, los músicos que, muy oprimidos, ocupaban la mitad de la mesa, se pusieron en pie. Otros, la mayoría, no quisieron comer ahí; pero lo hacían á sus anchas, puestos los platos en el suelo, sentados en *cuchillas*, sobre los talones, formando ruedas, y sin estorbarse; pero continuamente haciendo sopas con tortilla en el plato común, alzando las manos con seguro pulso. Cuando los bocados llegaban cerca de las bocas, ya éstas estaban abiertas de par en par como portamonedas. No tiraban ni una gota si eran líquidos, ni una brizna si eran sólidos. La carne la desmenuzaban con los dedos tomándola con trozos de tortilla, con cuya envoltura daban cuenta inmediata entre las muelas.

Los que en la mesa estaban comían también á puños, y en el primer plato seguían sirviéndose. Tiraban los huesos, y lo que no les agradaba, al suelo, por encima del hombro, y un sin número de famélicos perros de todas fachas, tamaños y colores, ha-

cían la limpia inmediata peleándose entre sí, por montones, siendo separados por los mozos á patadas, palos y pedradas. Habían quitado los sirvientes las botellas de vino; pero les sirvieron en abundancia pulque, colonche, tequila y mezcal. El agua era veneno: nadie la probaba. La conversación general, en tono de bajo profundo, semejaba á lo lejos el ruido de un enjambre de moscones. No había gritos ni pataleos. Para los humildes, comer es una ceremonia.

La hacienda de Beneficio se estaba instalando al lado opuesto de los Almacenes, casas y oficinas, sobre la falda de la montaña, y á unos doscientos metros del extremo S. E. del terrero. Un puente de madera sobre un pequeño arroyo unía al patio con la hacienda, y por él cruzaban dos vías del ferrocarril portatil Koppel.

Antes de llegar á la hacienda, subimos al N., lentamente, para que ellas no se fatigaran, llegando á visitar el Tiro general, el malacate grande de vapor y las bombas. Luis, por más esfuerzos que hacía, érale imposible disimular la media borrachera que llevaba á cuestras, y la cual amenazaba convertirse en señora mona con el calor del sol. Moore y yo lo observábamos de vez en cuando. Rosa Elena, cuando le dirigía la palabra, sonreía de una manera entre picaresca y bondadosa.

En la caseta de ladrillo y láminas, con un gran arco en su frente, cubierto de vidrios opacos, entre los cuales salían los dos cables rígidos hasta el airoso castillo, estaba el malacate, inmóvil, brillante y cubierto en parte con una lona. Moore quitó la cubierta y les explicó á ellas su manejo, su fuerza y sus movimientos. Fuimos luego al pie del castillo, pues deseaban ver el tiro.

Este era (ó es) de tres claros, es decir, tiene seis metros de largo por dos de ancho, y estaba dividido en tres partes: dos para las jaulas y toneles y el otro para las bombas y escaleras de barrotes. Las bombas duplex-colgantes de Weise y Monski esta-

ban trabajando, y sólo se oía bajo los tabladillos el golpe acompasado y seco de los émbolos: parecían abandonadas de todo cuidado allá abajo. Los tubos de vapor forrados de asbesto y los de descarga, oxidados, temblaban continuamente. Cuando ellas muy atentas oían lo que Moore explicaba sencillamente, por el agujero de la escalera del primer tabladillo apareció una gorra llena de aceite y tizne, una cara barbuda, negra, con ojos de loco y dos brazos musculosos, grasientos y velludos. Era un bombero y llevaba en la izquierda mano, colgando del dedo meñique, una lámpara humeante, recién apagada. Las tres lo vieron con espanto, horror, lástima y quizá también con admiración,

—¿Y este hombre desde dónde sale?—me preguntó Angela suavemente, como si temiese ser oída.

—Viene de abajo, de donde están otros cuatro. Son los bomberos encargados de cuidar y tener al corriente las bombas; va tal vez á las calderas que ve usted ahí.

—¿Y cuánto tiempo están ahí adentro?—interrogó María Teresa.

—Cada ocho horas se relevan.

—¿Y no tienen miedo?

—A veces, pero casi siempre no.

—¿Aquí fué donde se mataron el otro día?—volvió á preguntar Angela.

—No, en otro lugar.

Las tomamos de las manos, formando cadena para que se asomaran á los dos claros del tiro. María Teresa y Angela, temblorosas y pálidas, daban pequeños pasos estirando el cuello y con los ojos muy abiertos. Cuando llegamos junto al cuadro y vieron aquella tenebrosa profundidad donde se perdía como una hebra finísima el cable de la derecha, las tres se echaron rápidamente atrás como si las hubiesen tirado fuertemente de los hombros.

—¡Virgen Santísima!—exclamaron María Teresa y Angela

con espanto. Rosa Elena no dijo nada; pero estaba muy pálida también.

—Y qué, ¿tan hondo está esto?—preguntó María Teresa repleta un poco.

—Ciento treinta metros apenas.

—¡Cómo apenas!

—Sí, porque falta más de la mitad.

—¿Y quiénes entran aquí?—interrogó Angela.

—Todos.

—¿Ustedes también?

—También.

Las dos nos vieron de la misma manera que al bombero. Rosa Elena, ya serena, sonreía dando vuelta á la sombrilla que, apoyada, tenía en un hombro.

—¿Cómo se baja por el . . . . por el . . . . por ese agujero?

—En las jaulas.

—¿Cuáles son?

—Ahí arriba está una. Son como los elevadores que hay en algunas casas de México; pero más fuertes, más toscos y que suben gente y también carros con metal ó tepetate hasta ponerlos á nivel de esos rieles que ven ustedes ahí en la orilla. Los toneles llenos de agua van debajo de las jaulas.

—¿Y si se revienta esa cuerda de fierro?

—Nadie se mata, pues las jaulas tienen unas uñas de acero muy fuertes que se clavan luego en esas tiras verticales de madera que están á los lados, en el centro, y que se llaman guías ó rieles.

—¡Hay! ¡Qué horror, qué feo! Yo no bajaría,—exclamó María Teresa después de un rato de silencio.

—¿Y usted bajaría, Rosa Elena?—preguntéle al verla pensativa.

—No sé. Tal vez en caso necesario . . . . pero como eso no sucederá nunca . . . . prometo en vano—contestó sonriéndose la hermosa.

Aquella contestación llena de vacilaciones la hemos recordado años después, ella, Luis y yo. Parece que por una curiosa adivinación previó sucesos muy amargos en lo negro porvenir.

—Les diré á ustedes—dije para quitarles una mala impresión que me pareció había ella experimentado:—ustedes sí tienen peligro, pues los barreteros creen que cuando una mujer entra en una mina se deshacen las bonanzas. Son ideas estúpidas, pero muy arraigadas en ellos.

—Entonces no podemos entrar al socavón,—dijo María Teresa con mal disimulado despecho.

—Bah, y quién hace caso de eso. Entrarán ustedes y nada les sucederá.

Luis, que hablaba muy poco, pues sólo cuidaba de que no se echara de ver la borrachera que traía, al sentir que ésta aumentaba más y más, para cortársela, quiso lavarse los brazos en la pileta de las bombas y toneles. Quitóse el ridículo y arrugado frac, que metió entre dos travesaños del castillo, y alzándose las mangas de la camisa y camiseta, se puso á lavar los nervudos brazos. Como no quería ponerse de rodillas por temor de mancharse, en mala hora se le ocurrió sentarse sobre las pantorrillas, puestos los pies en la pared de la pileta. Para alcanzar el agua, ora se inclinaba sobre el lado derecho, ora sobre el izquierdo; pero con un equilibrio tan difícil, que al verlo Moore, le dijo:

—Vas á caerte.

O lo sugestionó con la idea, ó ya era tiempo. Se fué Luis sobre el lado izquierdo, invertido el metacentro, y como ansiosamente pusiese la mano sobre el borde para sostenerse, sólo le sirvió éste de punto de apoyo para darle un cuarto de vuelta, cayendo en el agua de barriga. Abrióse esta en dos partes y apenas se cerraba sobre él, cuando se enderezó violentamente lanzando un formidable resoplido por boca y narices. La pileta no era honda, pues apenas le daba el agua en la cintura; pero cuando se puso en pie, resbaláronse los dos para adelante y cayendo senta-

do se cubrió hasta los ojos. Levantóse como un mono, en cuatro manos, agitando el agua como un tiburón apresado; pero al intentar agarrarse del borde, los pies huyeron para atrás, sumiéndose de narices y haciendo gorgoritos entre la espuma.

—¡Se ahoga! ¡Se ahoga!—gritaban María Teresa y Angela. Rosa Elena no dijo nada; pero se adelantó resueltamente para auxiliarlo. Por fortuna, Luis logró asirse de la orilla, y cuando, apoyándose fuertemente con ambas manos se echó fuera, los cinco soltamos la carcajada más uniforme y espontánea que puede oírse. Ya he dicho en otra parte que el agua de las minas en trabajo lleva un lodo finísimo que llaman *paspurria*, y es el que hacen los barrenos y taladros. Ese lodo llena las piletas, habiendo necesidad de limpiarlas frecuentemente. Ese día la pileta tenía mucho fango, y cuando se paró Luis frente á nosotros estaba horripilante. Negro de arriba abajo, veteado, con los cabellos untados sobre la frente, los ojos pequeños, repletos, perdiéndosele; la boca y narices llenas; rotas las medias, descosido de los pantalones y la camisa desgarrada con el cuello colgando á la espalda.

Las zapatillas las había dejado en el fango, y la chistera, llena hasta la mitad y caída á estribar, acercándose al caño de salida para la Hacienda.

Ellas gritaban, llorando de risa; Moore daba unas carcajadas de loco y yo me agarré de un palo para no caer. Era imposible que le hablásemos ni una palabra, pues la risa nos ahogaba.

El infeliz compañero chorreaba por todas las puntas formando un charco donde estaba clavado como un idiota. Apenas se daba cuenta de lo que le había sucedido y parecía despertar de un sueño molesto. Su chusca seriedad movía más y más nuestra aleluya, hasta que, sacudiéndose como un perro, le entró la vergüenza y se puso rojo, en las partes visibles del rostro.

—Báñate bien,—le gritaba Moore, como si hablase con un sordo. Le preocupaba que Rosa Elena lo viera en tan ridícula

facha y se riera de él. Ella lo comprendió al ver sus ojos suplicantes y llorosos, y le dijo:

—No se mortifique Luis... ¡j!... ¡j!... ¡j!... ¡j!. Es un percance, ... ¡j!, ¡j!, ¡j!, ¡j!... que á cualquiera le puede suceder. Mande usted por ropa, báñese y lo esperamos en la hacienda de Beneficio ó en la entrada al socavón... ¡j!, ¡j!, ¡j!, ¡j!.

Fuí á llamar hasta el puentecito á un mozo de los que servían la mesa, y cuando iba Luis á darle órdenes, una idea lo asaltó de improviso y se dirigió á nosotros con acento resignado de consternación.

—No pueden traerme ropa limpia porque... porque está en el cuarto que sigue al Gabinete de Dibujo... y... y... y...

—Iré yo—dijo Rosa Elena.

—Encuentro la solución—interrumpí.—Mira tú—dije al mozo—dile á Doña Jesús, la esposa de Don Pablo, que abra la cómoda de Luis en la pieza de adentro y le mande ropa de toda para cambiarse. Trae una sábana, jabón y estropajo.

—Sí, señor.

—¡Cuidado vayas á decir lo que has visto, porque te doy... —gritóle Luis, interrumpiéndose muy avergonzado.

—Vaya, te dejamos para que te arregles y no debes apurarte, pues conseguiste lo que deseabas.

—¿Qué?

—Dejar la chispa ahí con las zapatillas y la chistera.

Nos retirábamos riendo, cuando María Teresa dijo:

—A este señor le pasan cosas muy chistosas.

La alusión era clara. Rosa Elena la vió con seriedad reconviniéndola; pero Angela y María Teresa echaron á reir otra vez acordándose de las dos aventuras notables del ingeniero. Rosa Elena hacía esfuerzos para no imitarlas, y volviéndose á mí intentó hablar de cosas diversas; pero al vernos ambos á los ojos, a risa nos traicionó. Moore que meditaba, al fin dijo:

—Yo hubiera apostado que se caía. Mal cerebro tiene ese Luis. ¡Buen asunto para una fotografía!

Cuando entrábamos á la hacienda vimos á Luis allá arriba, junto al Castillo, de pie, cruzado de brazos y triste. Seguía con mirada vaga el traje claro de Rosa Elena y su sombrilla roja.

Nada le preocupaba tanto como que ella lo hubiese visto en semejante estado y se riera con nosotros de su bochornoso percance. Si los enamorados se sienten capaces de todas las heroicidades, en cambio son capaces de dejarse sacar los ojos y las muelas por no aparecer ridículos ante la dulcinea de sus pensamientos y suspiros.

Dos baterías de mazos estaban ya instaladas y sólo faltaba una, de la cual se colocaba apenas la caja. Abajo de los mazos se ponían los bastidores inclinados y largos para las placas de amalgama. Yo servía de cicerone á Rosa Elena y Moore á las otras dos. Cruzando luego sobre escombros, fierros de todos tamaños y formas como huesos desarticulados de un poderoso esqueleto, vigones, trozos de madera, tubos, etc., bajamos por una escalera muy empinada, de gruesas tablas, donde ellas pisaban miedosamente con sus piecitos, y llegamos á donde estaban nueve mesas concentradoras, las cuales examinaron con mucha atención.

—Y estas pilas cuadradas ¿para qué son? —preguntó María Teresa señalando dos tolvas que había abajo de las concentradoras.

—Para recoger el mineral que sale por ahí y extenderlo después en ese tramo embaldosado, allá á los lados y enfrente.

Bajamos otra escalera de madera y Moore siguió explicando:

—Extendido aquí el mineral, el agua que aún le queda se va por esos cañitos, y entonces por esa vía que está un metro y medio más bajo, en carritos se lleva el mineral para aquellos hornos triples de reverbero. En ellos se quema para que suelte el azufre y se le revuelve con sal para formar cloruros de plata. Des-

pués se echa en aquellas tinas grandes que están alineadas más abajo, en aquel galerón, y se llenan de agua con hiposulfito de cal, el cual hacemos aquí. La plata se hace agua y pasa por todos estos tubos.

Atravesamos por entre las grandes tinas, entonces vaclan y algunas sin terminar. Ellas muy atentas oían la explicación y con la mano se levantaban airosamente la falda.

—La plata, hecha agua, viene á dar á esta pila, y con otra agua de polisulfuro de calcio, que también hacemos aquí, se precipita la plata, es decir, se convierte en lodito, el cual lodito se prensa y se funde en aquel horno que se ve fuera, haciendo barras.

—Huy, qué trabajo para sacar la plata—dijo María Teresa;—yo antes creía que la sacaban de la mina en pedazos y bolitas.

—¿Y el oro?—preguntó Rosa Elena.

—La mayor parte del oro libre queda en las placas, y el que viene con piritas en las mesas de concentración. El resto, que es poco, queda en los jales para cuando se pueda beneficiar.

—¿Y esos montones de lodo que hay acá afuera son de plata?—preguntó Angela, asomándose por una puerta que daba al Sur.

—Sí, tienen plata y oro. Son las tortas que se benefician ahora por otro sistema, mientras se termina esta instalación. En aquellas ruedas grandes gemelas, que son molinos chilenos, se pulveriza el metal. Después se revuelve en esos patios con sulfato de cobre, sal y mercurio ó azogue, que es lo mismo. La plata se junta con el azogue y así se separa lavándolo.

—Es muy bonito todo esto,—dijo Rosa Elena.

Cuando subíamos por otro lado para la mina, Moore, que iba adelante con María Teresa, se detuvo ante una puerta cerrada.

Era todo un departamento donde él tenía su habitación, su laboratorio, é iba á instalar la oficina de ensayos.

—Voy á hacer á ustedes un regalo,—dijo Moore sacando un enorme llavero.

Abrió la puerta y entramos. Mientras buscaba en su escritorio, que era una mesa colosal, ellas, sentadas en unos bancos de tres patas, veían con curiosidad las probetas, los vasos, los filtros, los embudos de cristal con vasos en la parte inferior, llenos de líquidos de colores, los matraces en orden, en tablitas agujereadas, las balanzas dentro de sus nichos de cristales biselados, un alambique en un rincón, la estufa, varios barriles cubiertos con manta, batallones de botes y frascos en estantes, junto á las paredes y en mesas de pino, manchadas por los ácidos. Moore, que era aficionado muy inteligente á la fotografía, sacó una gran colección de vistas de la Negociación y de otras partes del mundo, muy lejanas, y se las ofreció.

Cada una de ellas formó colección con más de treinta. Cuando veían las fotografías que más les agradaban, leyendo las explicaciones que tenían por el reverso, quedóse Rosa Elena contemplando un magnífico grupo donde estábamos todos los empleados de las minas. Luis, vestido de charro y de pie sobre un trozo de madera, era la figura principal, porque en realidad estaba hermoso y arrogante.

La hermosa que examinaba el grupo, al verlo, clavó en él sus divinos ojos, y éstos poco á poco fueron bañando la muda imagen con una mirada sublime, tan dulce y amorosa, que si Luis la hubiese sorprendido, habría caído á sus pies de rodillas.

—Tengo también esto, que les regalo,—dijo Moore con su sencillez característica.

Y puso sobre la mesa tres huesos como de mango, de diez y ocho centímetros de largo, un poco abultados, duros como nueces y con la corteza obscura granulada. Estaban primorosamente labrados con incrustaciones de filigrana de plata y nácar. Una finísima cerradura, difícil de abrir, juntaba las dos tapas, y en la parte ópuesta estaban ajustadas con pequeñas bisagras de metal. Yo no conocía aquello, ni qué era, ni lo que contenía. Ellas, ansiosas, veían y volvían á ver cuidadosamente, dándoles vueltas

entre las rosadas manos. Tomó Moore la que tenía María Teresa, y con sus largos y cabezones dedos de uñas comidas á mordiscos, abrió la cerradura de combinación, con agilidad y delicadeza. Dentro había un género muy fino. María Teresa lo sacó con dos dedos, y como Moore le dijo que lo desdoblara, vimos con admiración que era una tela blanca de seda, delicadísima, bordada de seda también, pero de colores vivos. Las mujeres, que en cuestión de trapos son autoridad, descubrieron inmediatamente que el bordado, pasando de un lado á otro, era de distintos colores en ambas partes. El fleco, en los extremos, era tan delicado, que apenas se sentía puesto sobre la palma de la mano.

—Esto lo traje del Japón á mi regreso del Klondike. Las cajas son hechas del hueso de una fruta, y la tela es una toca para las mujeres ricas, según me dijo el vendedor.

Oír aquello, quitarse las tres los sombreros y ponerse las telas todo fué uno. Se veían hermosísimas, y como buscaran un espejo, fuí á traer una pequeña luna de viaje que Moore tenía.

—Con seguridad, Moore, que en tu vida has visto ni en toda la isla Nipón encuentras japonesas tan lindas como éstas.

El yankee meditaba, viéndolas atentamente, ya cerca ya lejos. Luego dijo:

—Buen asunto para una fotografía bonita.

—¿Lo permiten ustedes?—preguntéles.

María Teresa dijo que sí y Angela la imitó; Rosa Elena dudaba, sonriéndose; pero Moore, que no perdía tiempo, entró en su dormitorio, sacó un tripié ligero, y sobre él atornilló su cámara. Levantamos los transparentes de las ventanas, abriendo también la puerta para tener la luz necesaria. Luego acomodó á las tres jóvenes, poniendo á Rosa Elena al lado derecho, para que recibiera toda la luz, á Angela en el centro y á María Teresa á la izquierda. Luego volcó una cubeta vacía á los pies de ellas y me dijo:

—Tú aquí.

—¿Yo?

—Tú aquí—repitió.

—Echo á perder el grupo.

—Eres de talle.

—Siéntese usted—dijeron las tres.

Sacó tres exposiciones, dos de tiempo y una rápida, por precaución.

—Ahora voy á sacar los bustos—dijo Moore,—y aquí sí no entras tú—añadió dirigiéndose á mí.

Las tres se rieron. Moore tuvo una idea.

—Quiero que salgan riéndose para que estén más bonitas.

Peró apenas lo dijo, las tres se pusieron serias.

Entonces añadió, haciendo ridículos pucheros, que en él eran picarescas sonrisas:

—Acuérdense de las cosas de Luis.

La risa fué desbordante. Moore, que tenía en la mano la bota de goma del obturador, esperando un momento oportuno:

—Un poco menos les dijo.

Rieron más y Moore apretó. Rápidamente dió vuelta á la película, y cuando ellas se calmaron un poco dió la segunda exposición.

—Ya están,—dijo, y se llevó todo.

Gran trabajo costó doblar y acomodar las ligeras telas en los pequeños estuches. Cuando doblaba el suyo Rosa Elena, entró Moore en su cuarto, y con la rapidez de un transformista púsose unas botas, unos pantalones azules de trabajo y un saco blanco. Por la chistera cambió una gorra parda de fieltro.

—Así está usted mejor—dijo María Teresa al verlo.

—Esto es cómodo y útil,—contestó.—Vamos al socavón.

Cuando atravesamos el camino inferior, no estaba Luis allá arriba, en el Tiro General. Sólo el ridículo frac rojo, olvidado entre los palos del castillo, ondulaba.

En el comedor quedaban dos músicos rezagados, muy borra-